

Conocemos algo de estos métodos anti-parlamentarios para «crear dinámicamente» una mayoría: la fortaleza Pedro y Pablo en Rusia, y el aceite de castor en Italia. Mussolini no niega que aunque los objetivos del bolshevismo y del fascismo son diferentes, sus métodos tienen mucho de común entre sí. Una reciente elección basada en el sufragio universal, le dió treinta y seis partidarios en un parlamento de cuatrocientos miembros. En el sistema parlamentario no se puede decir que haya contado como una verdadera fuerza. Distaba mucho de ser el elegido de la democracia, y por eso fué que entonces adoptó una actitud digna de Cromwell, y gustó de emplear la fraseología del propio Cromwell. Si no hubiera sido por los sacrificios de sus correligionarios durante la gran guerra, Italia se habría visto convertida en vasallo de las Potencias Centrales; el valor de esos correligionarios había venido a preservar las libertades italianas, y por consiguiente sus votos deberían de ser los únicos que determinarían cómo debía ser gobernada la Italia que habían preservado. Ya no podían permitir por más tiempo que el país por el que habían combatido y por el que seiscientos mil camaradas habían perdido sus vidas, siguiera siendo mal gobernado por una sucesión de administraciones débiles e incompetentes. Si las anticuadas máquinas políticas eran manejadas con suficiente habilidad para impedir que el fascismo obtuviera una mayoría en el Parlamento, tanto peor para el Parlamento mismo. A toda costa era preciso poner fin a las charlatanerías. Los oradores «debían dejar el lugar a hombres mejores», y así cien mil fascistas armados marcharon sobre Roma para deponer al Parlamento. La actitud de Mussolini hacia el Parlamento se encuentra mejor expresada por sus propias palabras de acuerdo con un sumario fidedigno que de ellas se hizo: «Se acusaba al Partido de despreciar al Parlamento. Esto no es verdad. El Parlamento había casi cesado de tener ninguna importancia, debido a la herida mortal que le habían inferido el sindicalismo y el periodismo». Según la nueva ley electoral que se proponía dar al país, el Parlamento volvería a ser una vez más un cuerpo con vida. El fascismo era todavía suficientemente fuerte por sí mismo, y el Primer Ministro dijo: «No tengo el propósito de vender mi progenitura por un plato de lentejas, la colaboración de las heces de la vida política italiana. Si ha de ofrecerse esa colaboración, tiene que ser de todo corazón y sin espíritu de crítica. No niego al pueblo», concluyó Mussolini, «su *ius murmurandi* (derecho de murmurar), pero éste no debe ser exagerado».

No es posible que haya duda alguna sobre la significación de esas palabras. El pueblo puede ejercer su derecho de murmurar en y por conducto del Parlamento, pero no debe exagerarse ese derecho limitado. El fascismo era «suficientemente fuerte por sí mismo», cualquiera que fuese lo que el Parlamento optara por hacer o por dejar de hacer. Esta

es una actitud verdaderamente digna de Cromwell.

ESPAÑA IMITA A RUSIA E ITALIA.

Ahora España sigue el ejemplo de Rusia, de Italia y de Bulgaria. El Parlamento español existente había sido elegido poco tiempo antes sobre la base del sufragio universal. Estaba en el poder un Gobierno liberal que, juzgando de acuerdo con todos los usos constitucionales, gozaba de la confianza de ese Parlamento. Sin embargo, no gozaba de la confianza de todas las clases sociales del país. ¿Qué gobierno de partido ha disfrutado nunca de esa confianza? Pero en este caso la oposición se encontraba poderosamente atrincherada en el alto mando militar. Eso es también lo que ocurre en otros países, y ese hecho hubo un momento que llegó a constituir una seria amenaza para la vida de la Tercera República en Francia. A la República francesa la salvaron Clemenceau, Waldeck-Rousseau, Reinach, Zola y muchos otros hombres fuertes que creían en la libertad.

En España, el ejército se ha arrogado con éxito las funciones de una mayoría parlamentaria. Ha formado ahora un Gobierno. El principio de la soberanía popular y expresado por las instituciones parlamentarias, queda hecho a un lado, en favor del principio de Cromwell, según el cual, si los generales más importantes están descontentos con el funcionamiento de esas instituciones, pueden en cualquier momento intervenir, para regularizarlas.

¿Cuál será el siguiente país? Esos golpes han sido intentados en Alemania por los comunistas y por los reaccionarios, aunque hasta el presente sin éxito. Los enemigos de la democracia se encuentran todavía a la expectativa, y tal vez avanzando en su labor de zapa. Si las cosas empeoran todavía más para Alemania, comunistas y reaccionarios harán estallar sus respectivas conspiraciones. ¿Lograrán prevalecer? Y en tal caso, ¿cuál de esas conspiraciones será la que triunfe? Mucho depende de la respuesta que a esas preguntas den los próximos meses.

La reacción que va extendiéndose contra la democracia constituye un serio movimiento que necesita ser observado cuidadosamente en todos los países. Es un movimiento que cuenta con las simpatías de los extremistas de la izquierda, lo mismo que de los extremistas de la derecha. Hace tan sólo unos cuantos años que los gremios obreros británicos se vieron cautivados temporalmente por esa idea, y le dieron el título de «acción directa». Los elementos conservadores extremistas no ocultan hoy el entusiasmo que les causan Mussolini y sus métodos. Los intransigentes que constituyen el actual Gobierno británico son celosamente fascistas por sus simpatías y por sus perspectivas, y cada día lo son más también por sus expresiones. Antiguamente el conservatismo y el constitucionalismo eran términos intercambiables. Pero eso ocurría en

la época en que la mayoría de los adultos no tenían el derecho de voto para el funcionamiento de la Constitución. Ya no ocurre así. Un número cada vez mayor de conservadores está volviendo la vista hacia los métodos anticonstitucionales, en busca de seguridad contra los cambios que la democracia pueda bien pronto exigir. Es una esperanza peligrosa la que así se abriga. Porque esa arma se encuentra al alcance del comunista, lo mismo que al alcance del conservador, para ser manejada.

Si el general Primo de Rivera se apoderó de ella en España, Lenin la arrebató en Rusia, y sus partidarios la están esgrimiendo todavía con implacable poder.

LAS AUTOCRACIAS SIEMPRE SUCUMBEN.

Sin duda alguna que la democracia tiene sus faltas, y también es indudable que esas faltas habían llegado a su punto culminante en Italia cuando surgió Mussolini. Pero la gran lección de la guerra consiste en que las instituciones democráticas son capaces de resistir una tensión nacional prolongadísima, en tanto que las autocracias sucumben. Las naciones que abandonaron primeramente las armas, fueron Rusia, luego Bulgaria — «una dictadura nacida de un Golpe de Estado» — en seguida Turquía, Austria y Alemania, naciones todas que se encontraban gobernadas autocráticamente. Fueron cayendo de acuerdo con el grado de su autocracia.

Las naciones que resistieron la tensión sin doblegarse fueron aquellas que se hallaban democráticamente gobernadas: la Gran Bretaña, Francia e Italia. Los Estados Unidos sólo entraron a la lucha en sus postrimerías, y por consiguiente no resultaría justo citarlos como un ejemplo. Las instituciones democráticas son buenas o malas, según la calidad del pueblo del que derivan su poder. Ninguna corriente es capaz de remontarse por sobre sus fuentes. Si el pueblo recibe una educación sólida, pueden confiársele los destinos de su país.

Cuando una colectividad educada incurre en error, es generalmente por exceso de precaución. Todavía es aplicable el famoso consejo de Bow Lowes, dado después de que Disraeli logró introducir su reforma electoral hace medio siglo: «Eduquemos ahora a nuestros amos».

DAVID LLOYD GEORGE

(Trad. de *Excelsior*. México, D. F.)

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443